

**Emily J. Blanchard,**  
Profesora Asociada en el Tuck School of Business  
del Dartmouth College, Estados Unidos.

# La educación y la salud como política industrial

El capital humano es uno de los motores más importantes del crecimiento económico y del desarrollo industrial a largo plazo (Hanushek, 2013; Hanushek y Woessmann, 2011; Jones, 2014), aunque a menudo se pase por alto en los debates sobre política industrial. Cuando los Gobiernos y los grupos empresariales buscan vías para impulsar el crecimiento económico, con frecuencia las medidas específicas tienen prioridad sobre las inversiones básicas en educación y salud. Eso es un error.

El crecimiento económico está alimentado por las personas. La capacidad de producción de una economía está impulsada por la vitalidad, las capacidades y la innovación de su población. Sin educación, los individuos tienen oportunidades limitadas para imaginar, crear y desarrollar los productos de hoy y las industrias del futuro. Sin salud, las sociedades no tienen ni la capacidad de producir ni el deseo de consumir los bienes y servicios que forman la columna vertebral de la industria. La crisis de la COVID-19 ha puesto de relieve, con una severidad inquebrantable, el papel fundamental de la salud pública en la economía mundial moderna. Al mismo tiempo, la pandemia ha resaltado la necesidad de una educación de base amplia, especialmente de conocimientos científicos, como factor determinante esencial del éxito de un país en hacer retroceder al virus. Ningún sector puede prosperar durante mucho tiempo sin apoyarse en los pilares gemelos de la enseñanza y la salud públicas.

La educación y la salud no son simplemente condiciones previas necesarias para el éxito económico. Son también motores fundamentales para un crecimiento avanzado, particularmente en sectores de la economía altamente innovadores y con un alto valor añadido que dependen de las capacidades cognitivas y de la creatividad de la población activa (Ciccone y Papaioannou, 2009). En muchos de esos sectores pueden aparecer círculos virtuosos: las inversiones en capital humano pueden aumentar la capacidad de un país para competir a nivel mundial en sectores de alto valor. El crecimiento de esos sectores amplía las oportunidades de empleo y los incentivos para la formación y capacitación futuras de los trabajadores más jóvenes, que posteriormente invierten más en capital humano, afianzando aún más la posición competitiva de un país en el futuro (Atkin, 2016; Bajona y Kehoe, 2010; Blanchard y Olney, 2017). Incluso pequeñas inversiones iniciales en capital humano pueden generar rendimientos económicos significativos con el paso del tiempo.

Otra importante ventaja de la inversión en capital humano es que no requiere que los Gobiernos hagan apuestas arriesgadas sobre las condiciones futuras en determinados sectores. Es notoriamente difícil "apostar por los ganadores" y, demasiado a menudo, políticas industriales bien intencionadas acaban apostando por el caballo equivocado, desperdiciando unos recursos fiscales esenciales que, retrospectivamente, hubiera sido preferible utilizar de otra manera. En cambio, las inversiones

en capital humano refuerzan el recurso más importante y flexible de un país —sus trabajadores—, que como es natural se inclinarán por los sectores más dinámicos, siempre que los mercados laborales sean flexibles y transparentes, y que las oportunidades en materia de enseñanza se compartan ampliamente. La flexibilidad de la mano de obra también desempeña un papel fundamental en tiempos difíciles: unos trabajadores más sanos y con un nivel de educación más elevado son más capaces de adaptarse a las conmociones negativas y los cambios inesperados que se producen en la economía mundial. La resiliencia económica depende fundamentalmente de la versatilidad de los trabajadores, que depende a su vez de la salud individual, la salud pública, una educación universal de alta calidad y el acceso a un aprendizaje permanente.

Por último, pero de suma importancia, las inversiones en capital humano son inversiones del tipo "dos por uno". No solamente las inversiones en educación y salud impulsan el crecimiento económico, sino que también contribuyen directamente a la prosperidad de las personas y de la sociedad. El objetivo final del desarrollo económico es servir a la humanidad. Como motores esenciales no solo del dinamismo económico y de la resiliencia, sino también de los factores determinantes fundamentales del progreso humano, la enseñanza y la atención sanitaria figuran entre las inversiones más vitales y de mayor rendimiento que pueden hacer los países.